

El Campesino

Marginado

Al glosar ayer el editorial del Lic. Espinoza sobre el tema amplio, urgente y difícil del campo nicaragüense recordé un estudio del notable escritor y siquiátra español Dr. Juan José López Ibor que he por fin encontrado y deseo comentar. López Ibor estudia las reacciones sicopatológicas de la emigración del campo a la ciudad, pero como buen humanista trata otros aspectos de sumo interés para aclarar el problema general del campesinado que tenemos planteado.

Cuenta López Ibor que en una aldea rural española, queriendo las autoridades detener la fuga de la gente, sobre todo de los jóvenes, del campo a la ciudad, instalaron un aparato de televisión en la sala del cabildo, pero que esta "atracción" en vez de frenar, aceleró el proceso de abandono de la aldea. La televisión no atraía hacia el campo sino que mostraba la "atracción" de la ciudad; mostraba la ciudad como "un mundo mejor", e incitaba a emigrar hacia ella.

El ser campesino —escribí hace algún tiempo, no es sólo una profesión sino algo así como una VOCACION. La vida del hombre de campo (sin que esto signifique cerrar la puerta a sus justos reclamos de justicia, de tierra y de incorporación a la cultura) es una vida sobria. Implica UN GUSTO por cierta simplicidad. Hasta el hombre rico, hasta el terrateniente, si VIVE Y TRABAJA EN EL CAMPO, tiene que poseer un gusto por la vida dura, por la libertad interior, por la soledad contemplativa que lo hace más sobrio y austero —más pobre en espíritu— comparado con el rico negociante o comerciante de la ciudad.

Pero esta vocación cada día está más asediada por la tentación, por la "atracción" de la ciudad, y el campo se desangra emigrando a la ciudad. El campesino no solamente es solicitado por la parte placentera y alucinante de la agitación, diversiones, vida nocturna y relajo de la ciudad, sino por otros factores más que agravan el caso. Uno de ellos lo citaba el Dr. Espinoza en su editorial y es "el prejuicio hacia la agricultura". No sólo el prejuicio de tipo socio-económico que margina a la agricultura hasta convertirla en la cenicienta del país (el agricultor se sabe que va a la cola, que su labor no tiene el aliciente de ser pionera y principal) sino también el prejuicio de tipo psicológico que López Ibor señala: toda la propaganda, todo el sentido de empresa, de acometividad y hasta de "civilización" lo monopoliza la industrialización y "el campesino llega a sentir vergüenza de su trabajo" como si fuera un rezagado, un retrógrado en el desarrollo del mundo moderno. Estos factores —basados en una concepción absolutamente falsa de la realidad— determinan ese fenómeno que ayer señalaba: la exterminación del campesinado. El descenso acelerado y brutal de la vocación campesina. Cada vez son menos los que quieren ser campesinos. Pero al producirse este desequilibrio estamos no solamente secando la fuente misma de la vida y de la riqueza nicaragüenses, sino también produciendo un fenómeno paralelo y agravante que es el aumento de población miserable, imposible de asimilar, alrededor de la gran ciudad. Ciudad turbadora y alucinante que es sólo una trampa mortal para un inmenso porcentaje de los que llegan del campo . . . !

López Ibor se pregunta: "¿en qué consiste el modo de ser humano que llamamos agricultor?"

López Ibor, para contestarse estudia al hombre que se mueve siempre —dice— entre dos polos: el de la seguridad y el de la independencia o libertad.

Mientras es un niño, busca ante todo seguridades. Las necesita, no sólo en el sector material, sino en el afectivo. Sin embargo, cuando comienza a madurar su personalidad necesita afrontar riesgos. No hay libertad sin riesgo. El desarrollo normal de la personalidad necesita del riesgo y de la libertad, de lo contrario no deja de ser niño. El exceso de seguridad lo convertiría en lo que nosotros llamamos un "mimado", o en un neurótico, un anormal.

En el mismo sentido se comporta el hombre en comunidad, como ser social. El hombre necesita SEGURIDAD para su desarrollo. Pero en el proceso del mundo actual seguridad sólo le ofrece la ciudad. El hombre sólo goza de seguridades en tanto vive organizado y nosotros apenas hemos abarcado en nuestra organización a las ciudades. Ayer lo decía: el Seguro Social, la asistencia social, seguridades en el trabajo, seguridades de educación, incluso ciertas organizaciones, como las sindicales (seguridades defensivas) sólo se dan, y precarias, en la ciudad. Pero resulta que, nunca como hoy, el hombre necesita seguridades para vivir. (Antaño "nadie se moría de hambre", antaño habían mil salidas y posibilidades para subsistir en la desorganización. Actualmente cada día es más difícil. Todo presiona al hombre a buscar seguridades). El hombre ante la organización creciente, ante el creciente dirigismo del Estado, y ante las formas modernas de trabajo y de vida, cada día es más niño como ente social. Cada día necesita más contar con la seguridad. Cada día tiene más miedo a correr ries-

1 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

go lo que explica por qué cada día crece más el Estado-Padre. el Estado-Autoritario, a quien el hombre entrega sus riesgos y con ellos, en gran medida también su libertad.

Pero el campesino se ha quedado, dentro de este proceso, en el azar y en el riesgo. Como reserva humana de madurez y libertad es nuestra gran reserva, pero si lo dejamos al margen, si no le damos las dosis de seguridad que necesita para subsistir dentro de la vida moderna, agotaremos la reserva porque no se puede exigir al ser humano el heroísmo como forma normal de vida. Si sólo el trabajo urbano tiene seguridades, tarde o temprano habremos terminado con el trabajo campesino.

El hombre actual ha realizado un gigantesco proceso de emancipación de los azares de la naturaleza (un cobertor de seguros, leyes, créditos, códigos, etc., tiende a cubrir al ciudadano cuando el Estado no es zángano y abusivo). Incorporaremos al campesino a ese proceso!

P.A.C.